

¿Adios a la Universidad?

Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ

Corría el año 1934 cuando el joven cineasta húngaro, Geza von Cziffra, entró en el café Basar de Salzburgo. En una de sus mesas conversaba, animadamente, Joseph Roth. Habían pasado varios meses desde su último encuentro, en Berlín, y el primero se acercó a saludar a su amigo. Éste, seco y casi sin mirar, se limitó a preguntar: «¿Su dirección?» Por mucho que Roth tuviera a sus amigos acostumbrados, prácticamente, a cualquier cosa, el húngaro no pudo disimular su extrañeza. «Hotel Royal, Budapest», contestó. Apenas acababa de terminar, cuando Roth se levantó, le estrechó afectuoso la mano y le invitó a sentarse mientras se explicaba: «Si siguiera usted viviendo en Alemania, ni le habría saludado». A lo largo de toda su vida Roth había jugado al equívoco, a hacer poesía de la existencia, pretendiendo ser al mismo tiempo ruso y austriaco, rojo y legitimista, judío y católico, bebedor, santo, enamorado, misógino y tantísimas otras cosas, pero no estaba dispuesto a aceptar trato alguno con el nazismo, ni con cualquiera de los que con él transigieran cayendo en brazos del Estado y entregando el alma al anticristo.

Recordaba esta anécdota mientras terminaba de leer el libro de Jordi Llovet, *Adiós a la universidad*¹. Muchos me llamarán exagerado, pero creo llegada la hora de defender la intransigencia.

La inmensa mayoría de mis colegas, me atrevería a decir que todos, a excepción de un puñado de ignorantes, interesados o egoístas, son conscientes de las gravísimas deficiencias del sistema universitario, de los efectos perversos que, so pretexto de reforma, ha introducido *Bolonia* y del negro futuro en el que nos adentramos, pero, aun así, domina entre los universitarios la cobardía, la prudencia, la resignación o, en el mejor de los casos, el desánimo. Nos hemos rendido

¹ Barcelona, 2011, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg.

sin ofrecer resistencia, asumiendo nuestra debilidad, cuando no el carácter prescindible de una institución milenaria.

Llovet, en un libro tan cargado de humor como de melancolía, cuenta infinidad de anécdotas, habla de aquellos que son y fueron sus amigos, provocando en unas ocasiones la sonrisa —¿a quién no le habría gustado fundar un instituto de estudios en cuyos estatutos se especificase «Son miembros del SEL los amigos de Jordi Llovet»?— y, en otras, la envidia —¿quién no querría haber escuchado las conscientes «indiscreciones» del admirable P. Batllori?—, y, sobre todo, denuncia el estado de nuestra Universidad. Presenta un diagnóstico certero —en algunos puntos, lógicamente, discutible—, propone unas soluciones y, con escasa convicción, llama a la esperanza.

Un humor ácido como el que nos refleja la descripción del proceso de doctorado, que no se aleja mucho de lo que todos los que llevamos ya algún tiempo en la Universidad hemos vivido; las nuevas formas de promoción del profesorado que -es broma, pero es posible- pueden convertir en catedrático a un mudo, cuyos trabajos, evaluados positivamente, no haya leído nadie e, incluso, nadie los haya realmente escrito; los numerosos másters absurdos e inútiles que pueblan nuestras universidades; la conveniencia de sustituir el *pienso, luego existo* cartesiano por un más actual *toco, palpo, luego existo*, o, por encima de todo, la actividad desenfadada que domina a tantos universitarios llamados compulsivamente a publicar. Requerido por las agencias de evaluación, el profesor deseoso de hacer carrera debe informar de sus publicaciones, por supuesto, recientes, «en el bien entendido de que es suficiente mencionar los títulos de estas publicaciones y nada más».

A todos nos resultaría fácil citar ejemplos de autores que, cambiando el título, publican tres y cuatro veces el mismo trabajo; nos resultaría fácil encontrar trabajos que rozan la condición de plagio; nos resultaría fácil citar la picaresca que se esconde en los trabajos colectivos, donde yo firmo el tuyo y tú el mío; nos resultaría fácil bromear sobre la cantidad de tiempo que se pierde en estas inútiles actividades, pero muchas veces olvidamos la condición casi heroica de esos profesores que, en contra de sus jefes de departamento y de las autoridades de sus facultades e ignorando la rivalidad de sus colegas, renuncian a entrar en este juego de mentiras.

¿Quién no conoce, en este interminable Callejón del Gato, a alguien que tenga dos currículum? El que presenta a las agencias de evaluación y el auténtico.

En éste ha eliminado lo falso, lo inventado y lo increíble. En el otro, está todo lo cuantificable.

Lo grave no es sólo que a «ningún profesor se le haya requerido jamás que añada, a estos formularios, fotocopias de los artículos o ejemplares de los libros publicados»; lo grave es lo que este hecho esconde.

No se valora la calidad de un artículo, ninguna agencia lo va a leer; se valora, en el mejor de los casos, la *solvencia científica*, establecida no se sabe ya cuándo ni por qué, de la revista donde se incluye y, en el peor y, por lo tanto, el más frecuente, las características formales de esta revista: que tenga el ISSN en la portada, que en la primera página de cada artículo se incluyan los resúmenes en varios idiomas, las *palabras claves* —con independencia de lo que esto quiera decir y pueda expresar—, el número de páginas; es decir, todos los elementos que evitarán al ignaro funcionario evaluador la tarea, para la que no está capacitado, de leer el artículo. Es importante que la revista tenga criterios formales para la presentación de sus textos. En cierta ocasión pregunté si sería posible considerar como criterio único el siguiente: «esta revista no tiene criterio formal alguno» y, créanme, no fue descartada esta absurda posibilidad.

Aun puede ser peor el caso de los libros, donde sólo importa, escribe Llovet, «que haya una serie indefinida de hojas encuadernadas, firmadas por el solicitante, editadas bajo la rúbrica de una editorial determinada, con un ISBN patente, y que se trate (termina, pecando de generoso), en el mejor de los casos, de un tratado original». De esta forma, los catálogos editoriales se han llenado de libros completamente prescindibles, a menudo muy mal escritos.

En el diagnóstico de Llovet juegan un papel decisivo la condición del alumnado, las consecuencias lamentables de desmenuzar el conocimiento, la perversión del ideal político universitario, la mercantilización de todo el sistema y, como consecuencia, la conversión de las universidades en academias de formación profesional, el *Plan Bolonia*, la infiltración de la pedagogía como panacea universal, la crítica a los efectos negativos de la inserción de las nuevas tecnologías en los procesos educativos y, por último, el papel que están llamadas a desempeñar las instituciones educativas privadas.

«Los estudiantes no son culpables de casi nada —escribe Llovet—. Es la universidad, y son sus gestores, los que han estropeado la enorme carga de entusiasmo y la capacidad que toda persona suele tener cuando se encuentra entre

la adolescencia y la treintena». Siempre recuerdo una anécdota y, mientras la escribo, me preocupo por un hecho que a todos, excepto a mí, entiéndanme, puede parecer trivial: cuando comencé mi carrera docente intentaba contar lo que sabía, o creía saber, y, cada vez más, mientras me alejo de la condición de joven profesor, cuento lo que me ha pasado. Recién regresado de América, fui contratado por una prestigiosa universidad privada española y uno de los primeros días en dicha institución, el vicedecano de la facultad que había depositado en mí su confianza, decidió enseñarme el campus. Fuimos por las diversas oficinas e instalaciones, desde la cafetería a la biblioteca pasando, lógicamente, por las aulas, la secretaría y las zonas deportivas. En cada lugar oía de mi acompañante comentarios muy parecidos: *nuestra biblioteca deja mucho que desear, la cafetería no es como nos gustaría, las aulas necesitan una reforma* y, así, sucesivamente. Más por conversar que por estar realmente intrigado, pregunté: «Entonces, ¿qué es lo mejor de esta casa?» Sin dudarle, me respondió: «Los alumnos. Aquí lo mejor son los alumnos». Entonces, en la soberbia del recién doctorado, me pareció una frase hueca. Hoy estoy absolutamente convencido de que los alumnos son lo mejor de esa, y de todas las demás universidades.

Son inocentes, pero también son ignorantes. Éste es uno de los mayores problemas. La enseñanza secundaria ha fracasado estrepitosamente; no sus profesores, víctimas de la dejadez paterna, los estereotipos más burdos, la fácil demagogia de los políticos y, por supuesto, la falta de medios, la heterogeneidad de los grupos, los valores sociales imperantes y tantos otros factores. Pero, como resultado, nadie ha enseñado a los alumnos a discutir las ideas de otros, a dominar el lenguaje para forjar con él alguna dialéctica y, sobre todo, «nada ni nadie ha preparado a los jóvenes para considerar que el mundo y la existencia están cargados de problemas». En pocos años «se convertirá en una tarea titánica, por no decir que imposible, hablar a los estudiantes... de nada que no esté vinculado directamente a su experiencia cotidiana, que, como resulta obvio solo posee una antigüedad que oscila entre los dieciocho y los veinticinco años», convirtiéndose las humanidades en una especie de información periodística.

Con este punto de partida, la Universidad tendría gravísimas dificultades para alcanzar sus objetivos, pero los problemas son mayores. Consciente o inconscientemente se le ha negado su razón de ser, convirtiéndola en una academia de formación profesional.

«No se puede concebir una formación universitaria digna de tal nombre que no pase por la suma y la mezcla contrastada de todos los saberes que cabe o

cabría esperar en el perfecto humanista». ¡Qué lamentables han sido las consecuencias de desmenuzar el conocimiento! ¡Qué evidente en la desaparición de la vieja licenciatura en *Filosofía y Letras*! Y así, como resultado, «el cuerpo universitario se ha convertido en un suma de *membra disjecta* a causa de la tendencia a la especialización: un fenómeno que ha arruinado toda idea y toda realidad de un cuerpo estudiantil homogéneo y ha convertido al *templo del saber* que podría imbricarse en el conjunto de la materia social en una especie de oasis excepcional, un paréntesis de muy escasa eficacia en la vida pública». Cuando el legado literario, artístico y científico de Occidente es un legado perfectamente válido.

Desmembrada de esta forma la Universidad, era inevitable la sustitución de su vocación *política* por una actitud política en el más criticable de los sentidos; la sustitución de la responsabilidad de una Universidad que debía ser conciencia crítica de la sociedad por las batallas de intereses en el seno de los departamentos y la subordinación de los profesores a los intereses partidistas.

Del mito del progreso, que alimentó la utopía europea durante doscientos años, nos ha quedado la forma elemental del amor a los negocios, al consumo y a la acumulación de bienes, la ilusión del bienestar y una cultura de ocio y tecnología. Como consecuencia, la mercantilización de todo el sistema universitario (todos los estudios deben responder no a las necesidades, sino a las demandas del mercado) y la conversión de las universidades en academias de formación profesional.

El Plan Bolonia es resultado y, al mismo tiempo, consecuencia e institucionalización de todos estos males. Llovet lo define como «meter la mano neo liberal en la organización de la enseñanza superior». Yo, sin rechazar este planteamiento, y aunque parezca contradictorio, añadiría que es plasmación de un estatismo enemigo de la libertad.

El practicable o impracticable objetivo de crear un *Espacio Europeo de Educación Superior* camufla una concepción exclusivamente administrativa de la Universidad, nada favorable a la dignidad de la vida intelectual. Prevalciendo el criterio de la rentabilidad económica, se ha ignorado lo que significa, con las peculiaridades de cada caso concreto, una carrera universitaria.

La aplicación indiscriminada de estos objetivos genera, entre otros disparates y palabras vanas, un sistema internacional de créditos, cuando menos, impracticable con frutos intelectuales; la insistencia en unas prácticas que, en el mundo

de las humanidades, como mínimo resultan cómicas y, sobre todo, «que se esfume del todo, en las facultades de Letras, el carácter que ostentaban, desde hace por lo menos dos siglos, de *guardianes de la metamorfosis*, críticos de las convenciones económicas, sociales y políticas en que se fundamenta el Estado y defensores de un uso absolutamente libre de la inteligencia».

Si en algunos lugares de Europa, universidades de sólida tradición han rechazado semejante desatino, lo llamativo es la impunidad y unilateralidad con la que han actuado los sucesivos gobiernos en España.

Convencidos, muchas veces dogmáticamente, de que nada funcionaba, el *planificador objetivo* encontró en la pedagogía la panacea universal. Llovet recoge un hecho que no puede ser más ilustrativo: «Según me contaron recientemente en los corredores del Ministerio de Educación —donde formé parte de una comisión académica por encargo de mi rector—, cuando Felipe González era presidente del gobierno convocó a una camarilla de pedagogos, entre ellos algún que otro amigo suyo del colegio, también algunos amigos de su mujer, para que ordenasen en la medida de lo posible el panorama de la educación en España. Los ínclitos pedagogos se sintieron tan halagados y les pareció que se les encomendaba una misión tan elevada, con un tan alto grado de confianza y de responsabilidad, que se encargaron —con la ayuda de todos los organismos de poder que son del caso, pero que se les subordinaron— de llevar a la perdición la enseñanza pública en nuestro país. Todavía mandan, por lo que he podido saber, y son los responsables directos de los desafueros que se han cometido en materia educativa desde los años 1980, incluidas, naturalmente, las Agencias de Evaluación —en las que actúan ni más ni menos como una tiranía— y de la entrada masiva e indiscriminada de los ordenadores portátiles en las aulas»

Quizás por esto —por los pedagogos, no por los ordenadores—, y por el predominio de esa negativa concepción de la política, no ha habido reforma alguna posible. Se han multiplicado los remedios deslavazados que han convertido, en palabras de Llovet, «la educación en una inmensa tela remendada» como consecuencia de enfrentarse únicamente a «los problemas más O menos urgentes».

Para Llovet las nuevas tecnologías son responsables de la conversión de una serie de procesos antiguos de comunicación interpersonal, de selección de datos, de capacidad analítica y sintética y de redacción de las ideas consiguientes en procesos inmediatos sobre documentos indiscriminados, desapareciendo la hipó-

tesis de trabajo, la investigación, la diferenciación de los materiales recopilados, la reflexión sobre dichos materiales y la elaboración detenida de los resultados finales. Paralelamente y como consecuencia de esto se ha degradado el uso del lenguaje, oral y escrito. Se ha perdido la adquisición gradual y mediatizada del conocimiento y la autoridad del profesor ha sido sustituida por la del ordenador.

Reconoce que la degradación del lenguaje no es culpa de las nuevas tecnologías. Más bien, sobrevenida antes, ha empujado a los profesores, por puro instinto de supervivencia, a prescindir en la medida de lo posible del lenguaje a favor de la imagen o de la pantalla del ordenador a fin de concordarse a la escasa capacidad de sus alumnos. El remedio, «perverso y poderoso», que se ha puesto a los problemas de disciplina y a la dificultad de los alumnos deviene en una nueva causa eficiente del mismo mal: «el uso de las nuevas tecnologías ha terminado por remachar un clavo que empezó a penetrar en la carne de las personas jóvenes, y no tan jóvenes, hace ya tiempo».

Soy de esos profesores, ya inusual es, que entra en el aula como lo realizaban nuestros mayores. Nunca he utilizado ordenador ni máquina alguna para dar clase, prohíbo a mis alumnos que los utilicen durante mi clase, rara vez hago uso de la tiza y lo único que me acompaña, aparte de mi palabra, son textos para la lectura y el comentario. Creo, en parte porque estoy dotado, sin mérito alguno, para el discurso y, en parte, por lo excéntrico que puede parecer mi actitud a los alumnos, que no me va peor que a muchos que se agarran a las nuevas tecnologías con desesperación, pero, al mismo tiempo, por mucho que deba estudiarse cómo éstas han cambiado y afectan a la labor docente, no creo que sean culpables de todo lo que Llovet las acusa. Quizás por pereza, por los efectos de la masificación, por la degradación de la disciplina en la enseñanza secundaria o por otros muchos factores hemos delegado en las máquinas nuestras obligaciones y hemos consentido que los alumnos se sumerjan en la información que ellas proporcionan sin control alguno, con resultados perversos. Hemos dejado a los alumnos perdidos en Internet, como podrían estarlo en una gran biblioteca, incapaces de distinguir los libros más que por su tamaño, lo sugerente de su título, la presencia de imágenes y, no pocas veces, la proximidad a su posición espacial. Las nuevas tecnologías, ejemplificando el viejo salto de lo cuantitativo a lo cualitativo, han tenido un efecto multiplicador, pero la responsabilidad recae sobre todos los que han permitido sumergirse, y ahogarse, en esa gran *biblioteca* a nuestros discípulos.

No puedo estar de acuerdo con la última tesis del profesor Llovet. Considera que las Universidades e instituciones educativas privadas, sustituyendo a la ense-

ñanza pública, generan una ruptura social fundada en el dinero y no en la capacidad. Pudiendo, quizás, darse este fenómeno, no cabe ignorar que la enseñanza privada no se legitima en la pésima calidad de la pública y si un centro educativo privado, o muchos, recurre a este argumento con pretensiones mercantiles, comete un grave error estratégico. La enseñanza privada debe legitimarse sobre la libertad individual y la riqueza de la diversidad social. Además, las instituciones privadas están obligadas, por el bien de todos (incluso de los económicamente privilegiados) a favorecer la inserción en sus aulas de los individuos más capacitados, con independencia de su riqueza.

Se trata, en el fondo, de la necesidad de replantear el sistema desde sus raíces. ¿No habrá acaso otra forma de estructurar la sociedad y, por supuesto, el sistema educativo sin que todo dependa de la subvención, el control y la injerencia públicos? ¿No habrá otra forma que garantice la libertad, la justicia y los resultados?

¿Por dónde deberían ir los remedios?

Es necesario recuperar la dignidad y autoridad del profesor, es necesario realizar el esfuerzo social (y, por qué no reconocerlo, remunerativo) para conseguir esto sin ignorar que, por lo menos en la Universidad, donde señala Llovet, entre los alumnos aun se conservan las formas, el profesor «es respetado, por más exigente que sea a la hora de evaluar y calificar, cuando el estudiante percibe que se encuentra ante una persona civilizada, con una preocupación pedagógica visible, y que, en principio, no tiene nada en contra de la clase estudiantil sino todo a su favor; y también cuando el profesor asume que se encuentra en el aula para enseñar cosas a los jóvenes y convertirlos en los ciudadanos que aún no son, a causa de todos los elementos que los han *educado*, hasta el momento, con mayor eficacia y perdurabilidad que cualquier otra *institución*». Por supuesto, alcanzar este objetivo pasa por reconocer que se ha escrito mucho, ignorando que la primera obligación del profesor es leer, estudiar y enseñar, no escribir ni «investigar», cuando tantas veces hemos devaluado esta actividad identificándola con la originalidad de la descripción de un hecho tan puntual como intrascendente y no con el ejercicio de la inteligencia que, junto a la comprensión de la realidad, tiene para el docente un decisivo valor formativo; insisto, para el docente.

Es necesario también librarnos de la abusiva injerencia estatal. Aquí entramos en un círculo vicioso: una sociedad inmadura, que podría encontrar en la Universidad un elemento de formación política, espera en el Estado y un Estado, que

anula con su injerencia la capacidad de la Universidad, fomenta todos los vicios políticos de esa sociedad. Quizás el profesor Llovet no participe de estas opiniones, pero yo vuelvo a estar en plena sintonía con él cuando reflexiona sobre la relación entre universidad y democracia, cuando insiste en que toda sociedad necesita una élite, reconoce que la universidad tiene una función formativa (incluso sobre los que no son, directamente, alumnos) y advierte que sin una ciudadanía intelectualmente preparada la democracia deviene en sutiles formas de totalitarismo.

Hace no mucho tiempo, un buen amigo y, al tiempo, un brillante intelectual, me hacía una propuesta. Invocando una supuesta capacidad mía para el sarcasmo, me proponía escribir un libro sobre la Universidad, su sentido, su crisis, su situación. Sólo medio en broma, lo imaginamos escrito e intentamos buscarle el título más adecuado. Él, con una rica formación clásica y, muy probablemente, conociéndome, propuso *Contra pedagogos*. A mí, que siempre me ha gustado parecer salvaje y no creo que pueda explicarse esta complejísima realidad achacando a uno de sus factores toda la responsabilidad, se me ocurrió *Váyanse ustedes a la mierda*. Es más que probable que, con un título u otro, este libro nunca llegue a existir y, por lo mismo, agradezco al profesor Llovet que haya escrito su *Adiós*: el diagnóstico de una situación tremenda, donde sólo queda una leve esperanza basada en la necesidad innegable de invertir una situación y en la historia, no como recuerdos de monumentos caducos, sino como instrumento para la revitalización del presente.

Se lo agradezco, sobre todo, porque me parece evidente que nos hemos rendido, sometiéndonos a todo tipo de evaluaciones, cuando las universidades siguen conteniendo a las mejores mentes del país y, por lo mismo, no pueden hacer tal cosa sin sentir el peso de la culpa.